

EDWARD GHOST

Recuerdos de Adam von Gewak

Helena Oliva Martín



© EDWARD GHOST. RECUERDOS DE ADAM VON GEWAK
© HELENA OLIVA MARTÍN

ISBN: 978-84-18411-73-1

Editado por Tregolam (España)
© Tregolam (www.tregolam.com). Madrid
Av. Ciudad de Barcelona, 11, 1º 28007 - Madrid
gestion@tregolam.com

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Imágen de portada: © La autora
Diseño de portada: © Tregolam

1ª edición: 2021

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en España
Printed in Spain

ÍNDICE

| | |
|-------------------|-----|
| DEDICATORIA..... | 9 |
| CAPÍTULO 1 | 11 |
| CAPÍTULO 2 | 13 |
| CAPÍTULO 3 | 28 |
| CAPÍTULO 4 | 37 |
| CAPÍTULO 5 | 59 |
| CAPÍTULO 6 | 70 |
| CAPÍTULO 7 | 92 |
| CAPÍTULO 8 | 104 |
| CAPÍTULO 9 | 118 |
| CAPÍTULO 10 | 125 |
| CAPÍTULO 11 | 131 |
| CAPÍTULO 12 | 138 |
| CAPÍTULO 13 | 153 |
| CAPÍTULO 14 | 163 |
| CAPÍTULO 15 | 172 |
| CAPÍTULO 16 | 184 |
| CAPÍTULO 17 | 197 |
| CAPÍTULO 18 | 211 |
| CAPÍTULO 19 | 215 |
| CAPÍTULO 20 | 252 |
| CAPÍTULO 21 | 268 |
| CAPÍTULO 22 | 278 |
| CAPÍTULO 23 | 287 |
| CAPÍTULO 24 | 301 |
| CAPÍTULO 25 | 312 |
| CAPÍTULO 26 | 319 |
| CAPÍTULO 27 | 327 |
| CAPÍTULO 28 | 338 |
| EPÍLOGO | 341 |

DEDICATORIA

A todos los que han estado siguiendo el avance del libro según lo escribía: a Paula, que se encontraba al tanto del progreso en todo momento y le prometí hace mucho añadirla aquí; a mi familia, que me recordaba que no estaba haciendo algo sencillo; a mi profesora de Lengua Castellana, Amalia, que me ha ayudado a expresar mi opinión; y a mi profesor de Filosofía, Manuel, del cual he tomado algunas partes de sus lecciones para incluirlas aquí. Además de Daniel, que, aunque no ha publicado, es escritor y me ha alegrado siempre con sus poemas. Gracias a él retomé el gusto por la escritura, y desde entonces escribo cada día.

Sin vosotros no habría creído que era capaz de llegar a escribir un libro.

CAPÍTULO 1

Cada paso se acercaba al fin. Si hubiera sentido el valor de alzar la cabeza él también lo habría visto, habría visto el fin. Pero por una vez, por primera y última vez, decidió mantenerse ciego e ignorante. Sabía muy bien lo que estaba ocurriendo, y por muchas mentiras que se repitiera, por muy convincentes que le pudieran parecer, era simplemente inútil. Una voz en el fondo de su mente le estaría repitiendo en todo momento que era el fin, este era el fin. Su respiración se sentía entrecortada y no conseguía hacer uso de la lógica para saber si era mejor inhalar por la nariz y exhalar por la boca, inhalar y exhalar por la nariz, o qué hacer. ¿Su espalda estaba recta? No, tenía una joroba de mirar al suelo, se irguió porque siempre escuchó que una mala postura era perjudicial a largo plazo. Pronto volvió a tener esa joroba. Intentaba pensar en cualquier otra cosa, lo que sea menos el final. No servía de nada erguir la espalda porque ya no habría consecuencias a largo plazo.

Era inútil tratar de mentirse cuando —todavía con la cabeza gacha— vio que dejaba de pisar el suelo del corredor para entrar a una sala que conocía bien. Quería alzar la vista, ver si era igual a la sala que había imaginado llena de personas tantas veces. Intentó armarse de valor una vez más, como tantas se forzó a lo largo de su vida. Subió el mentón hasta estar de cara a ella: la silla.

¿Esto era todo lo que quedaba? Después de tantos años, una silla. En cuanto se enfrentó a ella, la miró, todo miedo pareció disiparse y sentía recibirla como si una vuelta a casa se tratara. El pánico que le dificulta la respiración, rodillas débiles, hombros recogidos, facciones tensas, todas disipadas para dejar paso a un hombre tranquilo y que sabía muy bien lo que ocurría. Hablaban a su alrededor, incluso un público se hizo presente para ver el final desde fuera. Ignoraba lo que debían estar diciendo, sabía de qué índole debía ser lo que recitaban, pero no le interesaba demasiado.

La silla tocó su tobillo, pero solo lo sabía porque lo vio: no parecía sentir nada. Presionaron su hombro y lo empujaron a la silla para que se sentara, y mientras seguían el procedimiento se vio a sí mismo de cara a todas esas personas. Sus rostros parecían perder sentido, no parecían humanos, no parecían nada. Eran ojos borrosos, demasiado definidos como para reconocerlos o sin forma alguna, eran tan numerosos

que abrumaba la percepción e impedían identificar nada. Sus bocas se giraban, se contorsionaban, y no podía pensar en ellas como parte de un rostro, sino como el lugar por el que entra la comida al sistema digestivo. Para él todos allí dejaban de ser personas para ser simplemente humanos, todos iguales.

Nada se sentía real. En esa situación, hace tiempo la pregunta que le azotaría sería la de la existencia de Dios. En otro tiempo intentaría murmurar una plegaria con la esperanza de que su juicio fuera menos severo y quizás poder entrar al cielo a pesar de cuestionar constantemente la existencia de algo más. Dios comprendería que él fue un hombre de ciencia y como tal dudaba, y sabía que le comprendería porque Dios le hizo un hombre de ciencia. Pero de eso hacía muchos años... Quizás no años, solo tiempo. Ahora no pediría compasión, no murmuraría plegarias, no miraría al cielo ni a Dios. Si Dios existía lo dudaba, no existe Dios misericordioso que le hubiera permitido pecar de semejante manera para, ahora, morir casi pacíficamente en la silla. La silla no era suficiente castigo para todos sus pecados, y eso lo sabía. Quizás Satán era quien velaba por él. Pero no había otro más que él: en sus ojos él era Satán y él era Dios.

Nadie en la sala podía sentir compasión por el alma de aquel estudioso. Allí reinaba el odio injustificado, la indiferencia, el morbo, y lo más sano que podía sentir alguien era una curiosidad que —si aún la tenía— le costaría su inocencia. Todos ellos eran pecadores como el hombre que iba a morir, todos eran pecadores como humanos que eran.

Mientras el hombre de la silla evitaba recordar, miró entre todas las sillas frente a él —sillas que no eran mortales— y solo pudo diferenciar una cara. Esa cara no era solamente un humano, un animal, era una persona con alma quizás tan molida como la suya. O, al menos, eso reflejaba su rostro, que para cualquier otra persona no tenía nada de diferente. Era una cara normal, y si te la definiera, si te describiera su nariz, ojos, boca, mandíbula, no podrías ponerle imagen. Era cualquier cara para todos, pero para el hombre que estaba a segundos de morir no lo era. ¿Qué veía en unas facciones tan repetidas? ¿Cómo podía ver su alma? Ese era el rostro de un amigo y verdugo.

Ese era el rostro de Adam von Gewak.

CAPÍTULO 2

Hoja suelta, perteneciente al diario de Adam von Gewak

Hoy he presenciado, de nuevo, la mirada de un hombre que ahora está muerto. Sabes bien que esto no es algo especial, esta no es la primera de mis excursiones al corredor de la muerte. Es lo que requiere mi trabajo, mi investigación sobre la respuesta de las personas frente a algo tan decisivo como la muerte. Sin embargo, no me disgusta estas actividades tan —aparentemente— retorcidas. Parece que lo hiciera por sadismo, pero tan solo es esa increíble capacidad que tiene el humano de hacerse a lo que ve una y otra vez. Poco me sorprende ahora ver a alguien morir, y no sé si eso es algo bueno o malo en mi profesión, pero dejaré estos debates de «bien y el mal» para más tarde, porque ahora me presento con algo de mayor importancia que estos debates filosóficos que tanto me gusta compartir. Si escribo esto es porque, a diferencia de las otras veces, no solo yo miraba al ahora cadáver: él me miró a mí en sus últimos momentos. Pude sentir su mirada clavada en mi rostro, examinándolo, y aún me pregunto qué estaba pasando por su mente. La mente de una persona que nada tiene que temer ya es completamente distinta a la de alguien que aún tiene tiempo para arrepentimientos, es capaz de gritarte a la cara lo que perjuró no sentir, o de revelarte el más profundo de sus secretos sin tener que temer cómo reacciones. Pero aquel hombre... Todo el tiempo que pude verle no tembló, no temió, iba decidido a su muerte, como si la quisiera recibir. Él parecía sentirse más seguro en la silla eléctrica que nosotros en nuestros asientos. ¿Imaginas qué hombre increíble debió ser? Yo no dejo de pensarlo. No soy alguien que se quede con dudas, la curiosidad parece el combustible más potente para mi alma, aunque no soy solo yo, ¿verdad? La curiosidad es lo que mueve el avance, lo que nos permite evolucionar y desarrollar nuestras increíbles capacidades. El humano es tan sorprendente como despiadado, la inteligencia tiene sus consecuencias, nosotros mejor que nadie lo sabemos. Quise escribir esta introducción a lo que será mi investigación sobre lo que fue aquel hombre mientras espero recibir una de sus últimas posesiones, y la que será la piedra angular.

Ahora sé de ese hombre que se llamaba Edward Ghost.

¿No es curioso cómo alguien puede tener nombres tan extraños? Mas esto no era nada comparado con la realidad de este hombre. Al parecer, Ghost era un científico, pero dudo que puedas encontrar alguno de sus trabajos publicados. Todos fueron pisoteados y echados atrás, el más mínimo defecto, error o falta era suficiente para llevar sus trabajos a un punto cero. Crueles todos ellos, los que se encuentran en los puestos más altos. Nos adaptamos a la crueldad de los otros y nos forjamos en un mundo lleno de mentiras dulces, nos hacen creer que el esfuerzo lo es todo, pero sin un poco de suerte quedas en nada. El pobre Edward Ghost lo sabía bien. Por muy revolucionaria que fuera su investigación, siempre están aquellos que pretenderán despreciarla, quizás por simple envidia, quizás porque le tengan tirria. La verdad, no sé cómo expresar mi fascinación por este trabajo que no vio la luz. Quizás puedas comprenderlo si lo lees, como yo lo he leído.

Diario de E. G.

Si lees esto puede que sea por pena hacia mi persona, o quizás simple curiosidad al ver un texto con la palabra «diario» seguido de dos iniciales de a-saber-quién escrito en la portada. Lo que estoy seguro es que si estás leyendo esto es porque ya estoy muerto, si no, de ninguna manera dejaría conocer a los demás mi historia. Pero ahora que estoy muerto creo que, por lo menos, debería dejar mi corazón tembloroso libre de las presiones a las que le someten los secretos de mi pasado.

Yo no te conozco, no sé cómo te llamas y no tengo la posibilidad de saber si terminarás de leer mi relato... No sé en qué tipo de manos caerá este texto o si será incinerado por los guardas que me entregaron este papel y tinta como mi última petición. Mi deseo ahora es que aprendas de los errores de lo que a ojos del pueblo y alta sociedad es un viejo loco —aunque de viejo no tengo demasiado, y de loco dejemos a un profesional decidirlo, porque dicen que los adelantados a su tiempo fueron locos—. Agradecería, pues, que te sentaras a leer con paciencia.

Mi infancia no fue extraordinaria. Mi padre no era un gran hombre, y siempre tuve la impresión de que mi madre se arrepentía de conformarse con tan poco, pero tampoco se atrevía a empezar de nuevo. Fui su segundo hijo de tres. Mi hermano mayor tenía nueve años más que yo, nunca tuvimos mucha cercanía, pero, por lo que me han contado, él me trataba bien. Yo era como un pequeño juguete para él, como

uno de esos muñecos de trapo, pero más realista. De todas maneras, no lo recuerdo muy bien, no recuerdo el color de sus ojos o el de su pelo, por lo que nunca llegué a tenerle demasiado cariño, o, al menos, ahora que casi no lo recuerdo, muchas veces ignoro su existencia. Él se llamaba Jonathan, y murió con quince años, cuando yo tenía seis.

Ese mismo año mi madre dio a luz a Olivia, una niña enfermiza y sensible. A ella la recuerdo bien, hoy en día debe seguir viva. Ella nació en un invierno especialmente frío. Recuerdo que en sus cumpleaños siempre nevaba, y hacíamos juntos un muñeco con la nieve que intentábamos que durara todo un año, pero que siempre se deshacía, si no por la entrada del calor, era por el viento, que separaba sus partes. Al día siguiente solía estar con un resfriado que nos valía una regañina de nuestra madre, que creía que eso podía ser suficiente para quedarse de nuevo con un único hijo. Mientras mi padre trabajaba en el bosque, recogiendo leña para secarla y venderla, mi madre salía a buscar trabajo —limpiadora, cocinera, lo que se le ofreciera— y vender leña. Yo me ocupaba de mi hermana, le hacía sopas y recuerdo mojar pan en la misma para que los dientecitos que empezaban a salir pudieran masticarlo bien.

Teníamos un vecino, era viejo, muy viejo para mis ojos de niño, pero muy sabio. Su hijo estaba estudiando en otro país, y aunque recibía cartas de él, el pobre anciano estaba perdiendo la vista. Él me veía como un sustituto de su hijo, y cuando mi madre estaba en casa cuidando de mi hermana yo iba con el anciano Ubaldo. Me pedía que le relatara las cartas de su hijo y así aprendí a leer. Él era como un abuelo para mí, le sentía como un familiar, un amigo. Recuerdo ponerme en pie al lado de la chimenea para secar mis pantalones del frío de la calle, mirando en su dirección, mientras leía en voz alta. Él solía cerrar los ojos, que cada día se volvían más blancos debido a las cataratas, y escucharme. Seguramente, imaginaba a su hijo, casado en Alemania, con un hijo, su nieto. Ubaldo no me quería decir su edad, siempre decía que era demasiado viejo y nada más. Hay algunos a los que parece que la edad les afecta mucho, yo prefiero decir: «¿Cuántos crees que tengo?», y decirle que ha acertado. Que yo recuerde, nunca celebraba sus cumpleaños. Para algunos podría parecer un viejo hurraño, pero era un anciano muy sabio, y yo le admiraba a él y a su hijo. Ambos tenían dinero, el anciano había heredado parte de él en su juventud por lo que tengo entendido. Pudo retirarse, no trabajar, pero continuó con el oficio de mercader, y menos mal que lo hizo, porque en una de sus anécdotas me relató que perdió una gran suma por culpa de un amigo suyo, que resultó ser un ladrón. Desde esa traición —de la que no quiso hablar demasiado— no confiaba demasiado en nadie, y me recomendaba hacer lo mismo. Le hice caso, desconfié y desconfió.

Aunque también es verdad que permitirse recibir la ayuda de un amigo no viene mal, pero siempre es recomendable ir con ojos en la nuca.

Un día conocí al hijo de Ubaldo, era otoño y recuerdo que mi padre encontró una zona con calabazas silvestres, por lo que mi madre las cocinaba para vender o las vendía integrales. Nunca he comido tanto pastel como este otoño, tanto que me dejó de gustar —al menos el de calabaza—. Aquellos días las calles se cubrían de pequeñas montañitas de hojas secas, y aunque las pisaba con la esperanza de que crujieran, siempre estaban demasiado húmedas. Recuerdo la primera vez que vi a su hijo perfectamente.

Ubaldo me había llamado para ir a su casa, aunque más bien no me dijo que no fuera esta vez, por lo que, en realidad, lo que hacía era cumplir con mi rutina de visitarle. Mi madre acababa de hacer otra tanda de pastel y me dijo que le llevara uno como regalo. Esa tarde ella estaba especialmente contenta porque mi padre no volvería hasta la noche y, como yo me iba y era domingo, tenía un tiempo a solas con Olivia. Llevé el pastel todavía caliente, cubriéndolo con un trapo con decorados azules para no quemarme. En ese momento no me había hartado aún del pastel y no podía esperar a llegar a la casa de Ubaldo para ver si me ofrecía un pedazo. Porque a Ubaldo no le gustaba el dulce, y, aunque la tarta era para él, la terminaba comiendo yo toda. Mi madre debió sospechar algo, porque estaba cogiendo peso.

Toqué a la puerta tres veces y entré. Recuerdo escuchar una voz grave, con un acento extraño. Pensé que era ese ladrón que fue amigo de Ubaldo. Me quedé paralizado en la puerta, ¿debía salir corriendo a buscar ayuda? Pero puede que no fuera el ladrón después de todo. Dejó de hablar cuando, sin querer, cerré ruidosamente y sin cuidado la puerta. Tenía miedo, pero reconocer la voz de Ubaldo me tranquilizó.

—¡Chico! ¿Eres tú? Él es el chiquillo del que te hablaba, me ha estado leyendo tus cartas. ¡Ven, tengo alguien muy importante a quien presentarte!

Me acerqué con timidez hacia el salón y al entrar vi a Ubaldo en su sillón de siempre. Junto a la chimenea había un hombre, de hombros anchos y muy alto, pelirrojo. Estaba ante la chimenea, mirando a esta, y al oírme entrar se giró. Tenía la cara llena de pecas y llevaba unas gafas que le daban un aire intelectual. Sus prendas eran muy buenas, de clase alta. Me dirigió una ligera sonrisa, no muy sincera, pero tampoco ocultaba ningún sentimiento desagradable, simplemente era cortés. Yo no debía tener muy buen aspecto, y me di cuenta enseguida de que ese no era lugar para un niño no educado como yo. Me sentía fuera de lugar, y el sentimiento crecía según le veía erguido, con las manos en su espalda y con una sonrisa que, si bien no era de un tipo extraño de compasión, se le acercaba.

—¿Usted es el pequeño Edward Ghost? Mi padre me ha hablado mucho de ti. —Miró el trapo que aún cubría el papel y se inclinó un poco, no solo para verlo, sino para olerlo también—. ¿Qué es eso?

—Traigo un pastel de calabaza como regalo. Aún está caliente.

Me preguntaba si a él tampoco le gustaría el dulce, pero me equivocaba por completo. Ubaldo rio con voz ronca y me pidió que lo dejara en la mesa y fuera a por un cuchillo para cortar un pedazo a su hijo. Le pude escuchar hablar con orgullo de las habilidades reposteras de mi madre como si de una amiga se tratara, aunque, que yo supiera, nunca habían estado mucho tiempo juntos. Traje un cuchillo y un plato, no quería parecer un aprovechado trayendo dos e invitándome a mí mismo a un pedazo. Al llegar, el hijo de Ubaldo miró mis manos de nuevo.

—¿Tú no quieres pastel? —se extrañó mientras yo le servía un pedazo.

—Debe tener vergüenza. —Ubaldo rio de nuevo, creo que nunca le había visto tan alegre como aquel día—. Anda, ve a por un plato, no quiero mal acostumbrar a mi hijo y darle todo el pastel. ¡Ah, y trae una botella de vino de la despensa! ¡Hoy celebramos!

Hice lo que me dijo y me serví un trozo de pastel de calabaza, también les serví una copa de vino a cada uno. Hablamos largo y tendido, pero sobre todo habló el hijo de Ubaldo, que me reveló que se llamaba Oscar. Él era doctorado en Medicina, y estaba trabajando en la carrera de Química en Alemania. Yo ya sabía mucho de él, sabía bien lo que hacía ahora porque yo también leía sus cartas. Pero había algo en su voz que hacía que no quisiera que se detuviera, por repetitivo que fuera.

—¿Tú qué quieres estudiar, Edward?

Se puede decir que con esa pregunta empezó todo. Yo nunca me había propuesto estudiar, no asistía a ningún colegio y no tenía los estudios básicos de un niño de mi edad. Sin embargo, Oscar estaba convencido de que yo tenía capacidad suficiente para remontar a todos los niños de mi edad. Me parecían expectativas demasiado idealistas, ¿yo estudiando? Imposible, eso eran tan solo fantasías que un niño como yo no me podía permitir.

—Edward, sabes que te quiero como si fueras de mi familia. Me has ayudado siempre que lo he pedido, me has obedecido como a un padre. Yo no había pensado en esto porque soy viejo y no consigo razonar como solía hacerlo antes, soy un viejo tonto y no me di cuenta de lo que tenía frente a mí. Eres un chico inteligente y responsable, y no me gustaría que corrieras la misma suerte que tu padre. Escúchame bien, Edward, porque te voy a hacer una gran oferta. Yo pagaré tus estudios, serás un

caballero y llevarás una buena vida. Yo te hago esta oferta, pero aún queda tu palabra, Edward, ¿quieres estudiar?

—¡Por supuesto! Estudiaré horas, largo y tendido, para compensar todo lo que dice hará por mí. —Me detuve unos segundos, dándome cuenta del factor que podría cambiar el curso de mi vida—. Pero, señor, aquí no hay escuelas.

—Puedes venir a Alemania conmigo, tengo un hijo poco mayor que tú y estoy seguro de que os llevaréis bien.

Ya no hablamos tan solo de estudiar, sino de marcharme. ¿Quién le leería las cartas a Ubaldo si yo me marchaba? ¿Quién cuidaría de la enfermiza Oliva y de la nueva hermanita que tenía de camino? ¿Aprobaría siquiera mi padre esta decisión?, ¿me permitiría estudiar?

Me marché de vuelta a mi casa mirando las fachadas como si solo fueran a vivir de ahora en adelante en mi memoria. Una de las casas tenía las ventanas con una reja, le daba un aspecto inquietante, pero nunca había reparado en eso. Al llegar a mi casa mi padre estaba cenando pan con queso, y mi hermana una sopa, porque necesitaba coger calor para no enfermar. Mi madre se acercó preocupada a mí, puso sus manos en mis mejillas.

—Hijo, estás pálido. ¿Ha ocurrido algo?, ¿acaso has visto muerto al viejo Ubaldo?

—Nada de eso, madre. —Recuerdo la mirada autoritaria pero despegada de mi padre mientras roía un pan que, seguramente, estaba duro—. Acabo de conocer al hijo del señor Ubaldo, me... —No pude mantener la mirada a ninguno de ellos, como si fuera a decir algo malo—. Me han ofrecido estudiar en Alemania.

—¿Y tú confías en ellos? —dijo mi padre, hacía mucho que no hablábamos porque siempre estaba trabajando—. No deberías fiarte de esa gente con dinero, ¿qué vas a hacer tú en Alemania? Sabes leer y poco más.

—Estudiaría mucho, de verdad.

—Hijo mío... —comenzó mi madre, que tenía una mirada triste y todavía no soltaba mis mejillas—, ya quieres irte del nido, ¿y qué harás si no te van bien esos estudios? ¿Nos quieres abandonar tan pronto?

—Madre, os escribiría a menudo, y el que falten cartas no será culpa de otro que del cartero. Estaré día y noche estudiando, conseguiré un buen trabajo. Ubaldo dice que quiere hacerme un caballero.

—Ubaldo te está haciendo muchas promesas. ¿A qué viene este interés por los estudios? —Mi padre empezaba a dejar ver mal humor, una severa desaprobación—.

Tengo que hablar con él, no puede darte tantas esperanzas. Te está comiendo la cabeza, míranos, yo no tengo estudios y me va bien, somos felices.

Quizás, si lo hubiera dicho de otra manera, si me hubiera dado a entender con otro tono y otras palabras que se podía ser feliz con un trabajo honrado, y que no quería dejar sola a mi madre y hermana; quizás, si mi padre hubiera estado menos cansado, me habría hecho cambiar de idea. Pero no fue así, y solo sirvió para afianzar mi decisión de marcharme. Quien más me preocupaba era mi hermana, mi pequeña Olivia... ¿Estaba preparada para separarse de su hermano? ¿Tardaría demasiado en volver para ver a mi hermanito aún sin nacer?

En ese entonces tenía doce años, lo recuerdo bien porque cuando llegué a Alemania me faltaban unos dos meses para cumplir los trece, y Victor, el hijo de Oscar, era terriblemente supersticioso, tenía triscaidecafobia, y le tuvimos que decir que cumplía doce años.

Como puedes suponer, logré ir a Alemania con Oscar y estudiar. Ubaldo le dijo algo a mi padre —nunca me han dicho qué, pero hoy por hoy pienso que le dio una gran suma de dinero a cambio de prácticamente mi libertad— que le convenció para dejarme marchar. Antes de marcharme le enseñé a leer todo lo bien que pude a Olivia, para que ella me sustituyera en la lectura de cartas de Ubaldo. Quizás ella un día vendría a estudiar también, pensaba, y estaríamos juntos otra vez.

Oscar me enseñó alemán básico en las semanas anteriores a nuestra partida, porque se quedaría con nosotros un mes en Inglaterra. Se sorprendió gratamente al descubrir que hacía grandes progresos, y es que no me faltaba motivación. Un día a la semana, los miércoles, me hablaría tan solo en alemán y yo le debía hablar igual. Nuestro trayecto hacia Alemania duró algo más de una semana, y en él solamente me habló en alemán. Muchas veces no entendía absolutamente nada, me hacía sentir solo y le rogaba que me hablara en inglés, pero era inútil, él quería que aprendiera alemán, y lo aprendí. Ahora agradezco tremendamente esa semana de sufrimiento. Para mi sorpresa y satisfacción de Oscar, al llegar a nuestro destino podía comprender gran parte —siempre que no hablara demasiado rápido— de lo que decía Victor. Me costaba hablar, formar mis propias frases, pero la práctica e inutilidad del inglés me sirvió para mejorar rápidamente en el idioma. Sin embargo, creo que tardé mucho en perfeccionarlo y aún más en intentar pronunciar correctamente, sin acento inglés.

Al recordar a Victor, mi más vívido recuerdo es el de su chaqueta ondeando, con una bufanda y sombrero, mientras corríamos a casa después de que una tormenta nos sorprendiera en el parque. Éramos cómplices en todas las travesuras, él, por supuesto, se tomaba muchas más libertades, estaba lleno de energía y creatividad,

le gustaba dibujar, pero la verdad es que no se le daba demasiado bien. Él también era pelirrojo, pero era mucho menos brillante que el de su padre. Con los años le crecieron unas densas patillas y empezó a necesitar gafas, sin embargo, no llevaba esto al pie de la letra y necesitaba cada vez gafas más potentes. Dejó de ignorar su mala vista cuando un día se chocó con el marco de la puerta de una de las aulas del instituto, la vergüenza y la nariz rota le hicieron reflexionar sobre ese mal hábito y comenzó a usarlas con regularidad.

Quién lo diría, era verdad, pude remontar a la clase de mi edad. Estudiaba todo lo que necesitaba, y mientras los demás sentían la comodidad del descanso, de las facilidades, yo me acostumbraba a dar el máximo hasta que esto se hizo hábito. Aunque mi clase al principio se reía de mis dificultades —me costó unos años dominar el lenguaje y defenderme mejor que los de mi edad que no leían, pero lo conseguí—, poco a poco fui escalando sobre todos ellos, igual que hice con los que eran de cursos anteriores.

Al principio escribía todas las semanas a mi hermana, ya que ella era la única que podía leer mis cartas. Pasados dos años mi hermana aprendió a escribir, y ahora nos comunicábamos entre nosotros. Me habló de nuestra nueva hermana, Anne. Por suerte, ella no era tan enfermiza como Olivia y estaba creciendo sana. Olivia pretendía enseñar a leer y escribir a Anne en cuanto esta aprendiera a hablar. Le había pedido libros a Ubaldo, y este estaba encantado con la nueva lectora. Le leía siempre que podía a Anne, y esta aprendió a hablar antes que Olivia o yo. No puedes hacerte una idea de la felicidad que sentí cuando, junto a una de las cartas, recibí un papel con un garabato de mi hermanita. Lo llevaba siempre conmigo, para tenerla bien cerca, y no podía esperar a las próximas vacaciones para volver a Inglaterra y verla.

Oscar estaba al tanto de mis cartas, y me gustaba hablar con él sobre mi hermana, y cómo quizás algún día conseguiría una carrera, un trabajo y podría devolver el dinero a él y a su padre, y también dar una buena vida a mis hermanas, mis dos grandes amores. Las quería con toda mi alma, y las quiero con toda mi alma. Daría un ojo de mi cara para verlas, abrazarlas, desenredar el pelo cenizo de Olivia y peinarlo en una trenza, y hacer otra vez un nudo al vestido de Anne. Ese verano, una vez acabó el curso, Oscar, Víctor, Jocelyn —esposa de Oscar— y yo fuimos de viaje a Inglaterra. Ellos para estar con Ubaldo, pues su salud había empeorado —solo conseguía ver puntos luminosos— y temían que no le quedara demasiado tiempo de vida, y yo para ver a mi familia. Al llegar, mi madre estaba con Anne de la mano, esperándome.

—¿Dónde está Olivia? —les pregunté una vez nos dimos un abrazo y tenía a Anne en brazos.

—Enferma, lleva meses en un estado deplorable. Ella no te quiso decir nada para no preocuparte, por favor, no lo tomes mal.

Fuimos a mi casa, separándome por primera vez desde hace mucho de Victor y Oscar. La casa seguía igual, pero habían conseguido adquirir algunos muebles en buen estado. Hacía mucho que no estaba en un lugar en ese estado, y recuerdo usarlo como motivación en mis estudios, para que mis hermanas crecieran en un lugar sin humedades, para que Olivia mejorara.

La vi en la que era nuestra habitación, una jovencita pálida y delgada, postrada en la que antes era mi cama y cubierta de mantas hasta las mejillas mientras leía. Al verme la noté sonrojando la nariz, quizás por la vergüenza de comentarme en sus cartas el estado de todos menos el suyo. Me senté a su lado y besé su frente. Había crecido más de lo que podía imaginar en unos años, no era la misma niñita a la que enseñé a leer, ella ahora debía haber leído mucho más que yo.

Mientras ella me contaba todo sobre los libros que Ubaldo le regalaba y prestaba, yo sentía mi pecho hincharse de orgullo al verla convertida en una señorita tan lista como las que conocí en Alemania.

Durante los dos meses que duró nuestra estancia, acostumbraba a pasar el rato escuchando leer a Olivia, preparando las sopas y hablando de cómo le mojaba el pan para que pudiera comerlo cuando ella era pequeña. Ella me hacía sitio en su cama y me sentaba a su lado, con Anne sobre mi regazo, mientras ella nos contaba historias de sirenas, vampiros y hadas. A veces señalaba palabras a Anne para que ella intentara leerlas, primero las letras, después juntarlas para hacer la palabra. Anne conseguía leer algunas palabras, pero cuanto más difíciles eran parecía querer negarse a siquiera intentarlo. Yo también les contaba historias sobre mi estancia en Alemania, Olivia me escuchaba con la melancolía de recordar que volvería a marcharme, y Anne con la inocencia de la niñita de cuatro años que era. Olivia me decía varias veces que había cambiado mucho, mi pelo era más largo, pero a la vez ordenado y bien peinado, había empezado a crecer vello facial, y aunque lo quitaba de vez en cuando, Olivia conseguía vislumbrar alguno y lo pellizcaba juguetona.

Aunque me gustaba pasar ratos con mis hermanas también me gustaba visitar a Ubaldo. Él estaba preocupado por Olivia, y Olivia por él. Había perdido casi por completo la visión, y sus ojos parecían enteramente blancos, por lo que aprendí, se llama cataratas. Le hablaba de mis estudios, y él escuchaba orgulloso. Oscar le describía mis logros, mi actitud y lo responsable que era.

—He hecho bien en darte ese dinero, pronto tendré que llamarte doctor. A quién engaño, dudo que dure tanto, pero otros te llamarán doctor Edward Ghost, estoy segurísimo.

Todos estábamos seguros de que no sería mi culpa que no consiguiera el doctorado. Estaba decidido a trabajar por ello todo lo que fuera necesario.

Los días en los que no llovía y hacía buen tiempo salía al bosque con Victor. A él le encantaban las plantas y se paraba a verlas todas. Siempre ha sido muy curioso con absolutamente todo. Es una pena que no se centrara, tenía la mente demasiado dispersa y era demasiado impulsivo. Le enseñaba los caminos y las desviaciones que tomaba de niño, los claros del bosque y sus grandes rocas salientes. Yo era el único —fuera de su familia, claro— con el que podía pasar el tiempo, porque nadie allí sabía alemán a parte de mí.

Un día le llevé a mi casa para presentarle a mis hermanas. Olivia ya podía salir de la cama y cuando entré ella estaba jugando con Anne a las palmas mientras cantaba. Olivia cantaba muy bien cuando estaba sana, pero pocos lo sabían porque solía estar ronca o le daba demasiada vergüenza que la escucharan. En cuanto entramos ella paró y miró a Victor. Se levantó y sin alejarse de Anne se presentó. Al principio le chocó que no pudiera hablar inglés, no se podían comunicar entre ellos, pero yo servía de traductor. Los presenté.

—Este es el hijo de Oscar y nieto de Ubaldo, se llama Victor. No sabe inglés. Estas son mis hermanas pequeñas, Olivia es la mayor y la que ha estado enferma recientemente, y la más pequeña es Anne.

Olivia intentaba ser lo más educada que la he visto en mi vida, una mezcla de timidez y educación que me resultó adorable. Mientras que Victor era el chico curioso de siempre, pero con un toque de vergüenza que aún a día de hoy me da muy mala espina. Anne, por otra parte, parecía querer buscar la atención de los dos, señalaba palabras en el libro y las leía intentando demostrar que ella también sabía cosas. Yo intentaba compaginar a los tres, pero me resultaba complicado que Victor y Olivia hablaran sin dejar desatendida a Anne.

En definitiva, podría decir que ese fue el mejor verano de mi vida.

Regresamos a Alemania para el comienzo del curso escolar. Regresé con un montón de regalos de parte de Anne y un cálido abrazo de Olivia. Me regaló también un collar que ella misma hizo a mano. No duró mucho, lo había hecho lo mejor que podía, pero cada dos por tres se deshacía, y lo dejé de usar por miedo a estropearlo.

Continué escribiendo a mi familia, al parecer, Ubaldo murió mientras dormía tres meses después de nuestra partida. El funeral tuvo lugar en su ciudad natal —la

casa que tenía en mi pueblo era de vacaciones, él seguía teniendo una casa en la ciudad—. En su testamento dejaba su fortuna dividida entre su hijo y nieto, la casa de la ciudad sería para Oscar y la del pueblo para Olivia con la condición de que continuara manteniendo esa amistad que tanto le gustaba con Victor, y así su nieto siguiera visitando junto a mí los bosques de Inglaterra en sus vacaciones. Lo que había respecto a mí en el testamento era que esperaba que algún día hubiera un «doctor» frente a mi nombre, y que, al menos, hasta que yo fuera mayor de edad, Oscar se haría cargo del pago de mis estudios, cuando yo cumpliera los dieciocho quedaría a elección de Oscar. A mi hermana Olivia le dejó parte de su biblioteca y útiles de escritura.

Toda la familia estaba devastada, pero Oscar parecía haberse hecho a la idea de su muerte antes de la misma. Noté cómo empezaba a reprimir su dolor, él se sentía en la obligación de ser fuerte por el resto de la familia. Yo intenté seguir adelante, conseguir el doctorado.

Cada uno se refugió como pudo durante este periodo devastador. Oscar se recluía cada vez más frente a la chimenea, ya no le escuchaba hablar como antes, sus monólogos se redujeron a oraciones, las oraciones a frases, las frases se fueron acortando, y a veces no tenía por respuesta más que un ruido de afirmación, de negación o un encogimiento de hombros. Comenzó a beber, sobre todo cerveza o vino, como su padre, y a alejarse de mí porque «yo le recordaba a Ubaldo». Lo comprendía, le daba su espacio, pero yo era el único en condiciones de ayudarlo y cuando más lo intentara, más me acercaría y peor resultaría.

Victor, por otro lado, adoptó un comportamiento casi criminal. Pasaba largas horas fuera de casa y empezaba a hacerse una mala fama. Dormíamos en la misma habitación y algunas veces le vi beber de una petaca según cerraba la puerta. Me miraba casi queriendo decir «¿tienes algún problema?», pero también suplicando «sácame de aquí» en lo hondo de su corazón. Conseguí solucionar su problema con el alcohol y el mal comportamiento, alentando su faceta artística, al menos, por una temporada. Sin embargo, nunca pareció poder llegar a dejar ese tipo de vida, había algo en el estar en la boca de los demás que le gustaba. No era un descerebrado, no quiero que entiendas eso. Si bien no sacaba buenas notas y su rendimiento había caído en picado, Victor tenía la inteligencia y astucia que quisiera para lo que le daba la gana. Siempre me repetía que estaba en deuda conmigo por salvarle de todo lo que podría haber hecho si hubiera continuado con ese nivel de criminalidad. Yo creo que no habría pasado del robo o allanamiento, pero él parecía convencido de que sin mí habría terminado asesinando a alguien. Pobre... Aún me da pena cómo

me ponía en un pedestal, el pedestal de la decencia, de la sensatez, de la razón... Me gustaría haber añadido represión, porque no es que yo me sintiera mucho mejor que cualquiera de ellos.

Si bien Oscar trataba de ser fuerte por todos, yo hacía esa labor y le hacía creer que él la estaba cumpliendo.

Cada uno encontraba sus maneras de escapar del sufrimiento mental en el que nos pareció sumir esta pérdida. Debo admitir que yo no era menos. El espíritu de capa caída inundaba la casa y calaba hasta mis huesos. Mi refugio eran los estudios, para mí ellos eran como el alcohol para un borracho. Estudiaba todo el día, perdiendo la noción del tiempo y solo sabía qué hora era para ir a la escuela. A veces no dormía, repitiendo todos los datos que ya sabía de memoria y buscando información complementaria, algo más que me acercara cuanto antes a conseguir lo que Ubaldo esperaba de mí. Al principio lo hacía con el doctorado en mente, pero según me adentraba en las múltiples materias mi necesidad de conocimiento crecía más y más hasta obsesionarme especialmente con las ciencias.

Quería conseguir algo, algo grande, gigantesco, enorme. ¿Reanimar a los muertos? ¿Crear vida? ¿Inteligencia infinita? ¿Un gran explosivo? ¿La prueba de que Dios existe? No sabía qué buscar, sabía que quería algo, pero el qué. ¿Qué era aquello que estaba hecho para mí? ¿Cuál era mi destino? ¿Qué aportaría yo a la humanidad? Y tenía la respuesta frente a mí todo ese tiempo: ¿por qué tenemos que rendirnos ante la muerte? ¿Por qué permitimos que esta nos destroce como había destrozado a lo que sentía era mi familia? El dolor de la pérdida haría que desapareciera. ¿A dónde iba la conciencia humana una vez llegaba nuestra hora? La muerte no tenía por qué ser el fin, quizás lo era para aquellos que se sentían tentados por lo inevitable.

Para los ateos —gran parte de mis compañeros científicos— no hay nada tras la muerte. Este es el fin inevitable, llegamos a él y no hay nada más. Con los años pasamos de temerla a aceptarla, y la vemos varias veces a lo largo de nuestra vida. Para hombres que parecían refugiarse en la más recta lógica la muerte era lo único seguro: si nacías, eras creado, o tenías algún génesis, sí o sí acabarías en las manos de la muerte y no había vuelta de la misma. Sin embargo, desde el principio de los tiempos hay personas que no aceptan a la muerte como el fin, sino que la ven como el paso de un mundo a otro. Por ejemplo, seguramente el lector conoce sobre los vikingos, ellos pensaban que al morir en guerra ese no sería el fin, sino que se levantarán de nuevo en el Valhalla para reencontrarse con sus familiares y amigos en una gran fiesta; los cristianos creen que, si obedeces en vida a los mandamientos, al morir llegarás al